

altera el comportamiento de su personaje y rompe el equilibrio teóricamente pretendido, o cuando otro actor no puede menos que repetir su protesta por la supresión de una escena que, a su juicio, contenía ciertas aclaraciones necesarias. Es decir, y esa sería la aportación poética a que me refiero, que la representación contendría, como parte de sí misma, la realidad histórica del grupo que la crea.

Los caminos del arte son muchos e irreductibles a fórmulas. El de la "creación colectiva"

aparece, en un determinado marco histórico, vaciándolo de cualquier mitificación, lleno de sentido. La concesión del último premio teatral de la Casa de las Américas a un texto firmado colectivamente por doce actores de La Candelaria es un ejemplo. ■ JOSE MONLEON.

## Las religiones de nuestros días

Cuando, tras muchos esfuerzos, Carmen Troitiño —que fue, en su día, empresa de Recoletos

y persona muy vinculada al teatro de cámara madrileño— consiguió abrir el Príncipe, se encontró de lleno con la nueva y difícil etapa teatral. Se barajaron algunos títulos posibles que, en principio, ofrecían escaso interés. Hasta que el Príncipe dio con la inesperada maravilla de los Comediantes de San Telmo y su versión de "Orquesta de señoritas", de Anouilh. Fue mucho público y la papeleta de la inauguración se salvó brillantemente.

Por aquel entonces, Alonso Millán pugnaba por estrenar en

el Martín "¡Oh, Calcutta!", espectáculo inimaginable en España durante años, pero que estaba a la espera de los beneficios democráticos de la liberación. Cuando éstos, al fin, se extendieron sobre la obra, no fue el Martín, sino el Príncipe quien la acogió. Y nuevamente —sin volver ahora a la crítica del famoso espectáculo imaginado por Kenneth Tynan— la sala se llenó. Pasaron los meses, y mientras otros locales zozocaban, devorados por la realidad económica y la falta de espectadores, el nuevo teatro se man-

## ADIOS A LAS LETRAS

### GRISES GOLONDRINAS

**T**ODO es como antes. Hasta el acné juvenil sale en el mismo lado de la cara. Son como niños, encerrados con un solo juguete ajeno. Hacen y deshacen de la Televisión como si fuera una camisa propia, el instrumento del desorden integral.

Ahora dicen que ha habido cambios, tomas de posesión, revolución en las alturas de la Casa, como la llaman los bedeles. Pero nada ha cambiado. Han retornado los brujos, como diría Juan Cueto; han vuelto los inacabables, aquellos que tendrán el poder bajo cualquier tempestad, los que siempre guardan el traje oscuro, a rayas, porque los cargos no se agotan y ellos siempre están en la sala de espera. La sala de espera es afortunada, porque mientras la ocupan también ganan sueldos paralelos, succulentas migajas; son los desempleados de oro que vivirán como topos en un país de culebras. Aparecerán cuando menos se les espere y tomarán asiento en medio de un batiburrillo de nada. Viven de la espera y la diana se les ofrece limpia y amplia, apetecible. Dan siempre en ella.

Vuelven porque es normal y antidemocrático. Se acercan las municipales, la Televisión y la Radio están llenas de disidentes que nos pueden hacer imposibles los votos, así que llenemos aquello de nuevo de nuestros hombres fieles, los mismos que juraron con nosotros fidelidad eterna al origen. No debe ser el lenguaje propio de los Consejos de Ministros, pero así más o menos debió haberse expresado el primer ministro Suárez ante sus correligionarios. Luego vendría la apócrifa llamada telefónica. "Fernando, Fernando, Fernando Arias Salgado. Señorita, haga el favor de ponerme con el señor Arias Salgado. ¿Fernando? Pero, hombre, ¿cómo no estabas en el teléfono directo? Pues, nada: llama a Ramos Losada y dile que sí, que está bien que dimita... ¿Cómo que qué haces con Ruiz de Elvira? ¡Ah!, sí, es verdad que también tenemos Radio Nacional. Nada, llámale también y dile que también está muy bien que dimita. ¿Recambios? A miles. Tenemos recambios a miles. Tenemos recambios como para veinte periodos electorales más. De momento, vamos a situar a Luis Angel de la Viuda en la Radio, que fue vecino mío y siempre me prestó el pan y la sal. En Televisión lo he estado pensando más, pero creo que Carmen, sí, hombre, Carmen Díez de Rivera, la que me hizo la reforma; bueno, pues Carmen me acaba de dar la solución. Por teléfono, sí; hace tiempo que no viene. Ella dice que por qué no nombro a ese chico, Miguel Martín, que se aburre muchísimo en No-Do y que además empleado ahí tiene el trabajo muy lejos de su casa y él es muy hogareño. ¿Que si creo que va a caer mal en la Casa, que no consultemos con nadie? Pero, bueno, Fernando, ¿tú

nunca leíste *Sinué el egipcio*, que es mi libro de cabecera? Voy a hacer que hagan libro de cabecera de UCD *Sinué el egipcio*. Pues Sinué decía algo muy sabio: "así ha sido y será siempre". ¿No es RTVE del Gobierno? ¿No es verdad que gracias a nuestras habilidades ya no hay Consejo Rector? ¿No es cierto que sin hacer nada tú has logrado controlar el medio como si fueras el más hábil espadachín de las televisiones y las radios europeas? ¿No es cierto que a ti te nombré yo, ahorrándote los dolores de cabeza que te daba Marcelino, Oreja, sí, Oreja, ¿quién iba a ser? Pues yo mismo te digo que llames hoy a Ramos Losada y a Ruiz de Elvira y les digas que se acabó, que hay que reciclar, meter savia nueva en la Casa... ¿Que Luis Angel y Miguel no son savia nueva? Bueno, pues no pongas eso en el comunicado de los ceses. Dile a Gozalo que sea parco en el comunicado, como si fuéramos británicos. Veras como todo nos sale bien gracias a que no explicamos nada demasiado".

Así, en una tarde, gracias a la ausencia de explicaciones, RTVE cambió de manos para seguir en las mismas. El español, tan contento, siguió bostezando satisfecho ante Tico Medina, Alfredo Amestoy, Pedro Macía, José María Iñigo, Luis Angel de la Viuda, Fernando Arias Salgado, Adolfo Suárez, Miguel Martín, Rodríguez de la Fuente, Quadra Salcedo: el sector histórico e irrenovable del mejor soporífero del país. ■ SILVESTRE CODAC.



Miguel Martín, Luis Angel de la Viuda y Fernando Arias Salgado.



"Orquesta de señoritas", de Anouilh, en la versión de los Comediantes de San Telmo.

tuvo firme entre los más frecuentados de Madrid. Curiosamente, incluso irradió parte de su nueva personalidad al cercano Muñoz Seca, donde Antonio Olano y Juan Pardo nacionalizaban, con notable éxito económico, la fórmula del musical erótico angloamericano. En el Muñoz Seca, con cambios más bien escasos y superficiales, se estrenó incluso una "segunda versión" del espectáculo, queriendo quizá, aparte de prescindir de algunos de sus actores —"demasiado" activos en la huelga de solidaridad con Els Joglars—, tentar de nuevo a quienes habían sido espectadores de la primera. En el Príncipe, la operación no ha sido exactamente igual, pero sí parecida. Porque "Let my people come" ("Ven a disfrutar"), que ya vivió y conoció el éxito en muchos países como una secuela del "¡Oh, Calcutta!", intenta también aquí asociar su imagen a la de dicho musical.

Bien mirado, las reglas de "Let my people come" pretenden ser las mismas: identificación del amor con el sexo, de la belleza con el sexo, de la libertad con el sexo, de la vida con el sexo... Algo tan ingenuo y tan elemental, que da fe de las taras que la represión —y no nos referimos, claro, al franquismo, sino a un hecho cultural mucho más amplio y antiguo, del que aquél sólo fue uno de tantos cobijos—, ha creado en amplias capas sociales. El hecho no puede estar más claro: para quienes crean en el fondo de su corazón que las pa-

labras que nombran las partes y los actos sexuales están impregnados de pecado, para los obsesos y víctimas de la castidad, es probable que sea excitante y hasta liberador esto de oír proclamar que el cuerpo merece una religión, que debemos fornicar sin descanso para compensar la brevedad de la vida, que el orgasmo puede provocarse de distintos modos, que la homosexualidad no es ningún crimen, y, también, que crean que tan trascendentales afirmaciones no exigen más requisito teatral en quien las hace que estar desnudo, sin que importe que los cantantes desafinen o que el bailarín tenga la ingravidez de los peñascos. En definitiva, es una cuestión de mística, un modo de entender la "liberación del sexo" que sólo puede interesar a quienes están enfermizamente obsesionados por él. Pero que, sin duda, tiene muy poco que ver con una concepción gozosa y creadora del erotismo.

Si "¡Oh, Calcutta!" tuvo el interés sociológico de presentar en España al gran clásico del género, "Let my people come" tiene el bastante menor de elevarlo a fórmula, a estereotipo, con escaso ingenio y muchos puñados de sal gorda...

Años atrás, en Nueva York y en Londres, tras esta "ola porno", aparecieron una serie de comedias musicales desintoxicadoras y románticas, en las que el amor volvía a ser un sentimiento. ¿Aparecerán pronto en Madrid? ¿Repetiremos aquí, siquiera con retraso, ese

ciclo? A lo mejor las estrenan en el mismo Príncipe, porque es seguro que sus mentores deben estar cansados de tantísimo gustirrinín escénico.

"Ven a disfrutar" vale ya como un "test" que debe aclararnos, en pocas semanas, por dónde anda la mentalidad de nuestro público en ese proceso "desmitificador" que tantos años de terrorismo censor hacían inevitable. Y que ojalá se cumpla pronto entre nosotros.

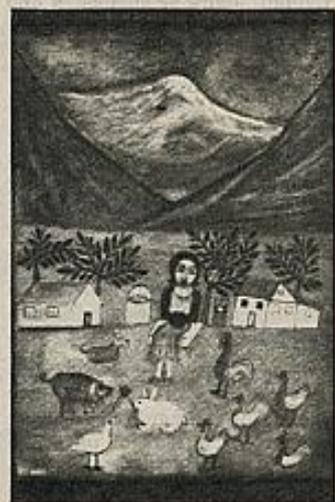
Quizá —no estoy seguro— este tipo de teatro deba hacerse, pero como se hace en otros países: montado con más humor, más "de vuelta", y hecho por verdaderos artistas del género y ocupando un lugar que, la verdad, no parece que deba ser uno de los más nuevos y bonitos teatros de Madrid. "¡Oh, Calcutta!" debe ser un episodio y no la definición del Príncipe. ■ JOSE MONLEON.

## ARTE

*Era muy clara mi determinación de llenar el tiempo veraniego de esta sección con pequeñas crónicas de artistas descarriados, al margen de exposiciones, como las que ya hice de Rolando y de Nicolás Gless, ahora que las galerías de arte están cerradas durante todo el tiempo de la caticula. Estaba tan determinado a ello, que ya tenía preparadas algunas fotos de Martín Chirino y de Luis Caruncho para hacer algo parecido. Pero...*

*Pero ya conocéis lo consabido: el hombre propone y Dios dispone. Aparte de la locura veraniega, hay una locura más que se cruza con la otra: me estoy cambiando de domicilio, operación que, a quien tenga que trasladar como yo tantos miles de papeles y de libros, no se la deseo ni a mi peor enemigo. ¿Dónde están ahora los papeles de Chirino, de Caruncho y de Paco Hernández, que yo tenía preparados? Esos y otros millones de papeles, que yo tenía dispuestos, ahora han desaparecido, pero aparecerán cuando vayamos recuperando el orden. Por si acaso, para quien*

*lea esto, ya podéis tomar nota de mi nuevo domicilio: San Pedro, número 1, primero izquierda. Algún amigo, por aquello del nombre y del número, le llama a mi nueva dirección "el vaticanillo". Por cierto que la noche del día que el cónclave nombró Papa, en el Vaticano de verdad, fue la misma en que yo dormí en mi nuevo domicilio. Y mira por dónde, ahí debajo, en el bajo de la casa, hay un taller de pintor muy dedicado a la enseñanza, el de F. Soto Mesa. Pues ayer, al volver a casa, vi en las ventanas de ese estudio el anuncio de una exposición "naïf" —así decía— de Ru-*



Rufino Cavia.

*fino Cavia. ¿Una exposición en mi misma casa? Voy a ver eso, me dije. Quédense para otro día los otros artistas. Fui. Había algunos muchachos peleando con sus respectivos modelos. En un rincón pude ver dos cuadros de Soto Mesa, el maestro del taller, que estaban bien. Tenían una doble reminiscencia del surrealismo, por una parte, y de la "pintura metafísica" italiana, de otra. Pero de Soto Mesa ya se ve que va a haber que hablar en otra ocasión, pues bien lo merece, y además, según me dijo, pensaba hacer una pequeña exposición personal, en el mismo taller, para sus alumnos. Yo la veré también, pues la tendré muy cerca. Bueno, ¿y dónde está Cavia?, pregunté. Cavia no está. Está su obra, que es lo que importa. Cavia es un hombre ya mayor, de ochenta años, antiguo agente comer-*